

En cuanto á la profecía de San Avito tuvo su efecto el mismo año de la muerte de Sigismundo; pues habiendo atacado Clodomiro á los borgoñones que se habian juntado bajo los estandartes de Godemaro, hermano de su malhadado rey, quiso el cielo, para poner mejor de manifiesto su venganza, que muriese el rey de Orleans ganando la victoria. Principiaron sus hermanos desde luego por dividir entre sí sus Estados; y la santa reina Clotilde se encargó de sus tres hijos muy tiernos aun, á saber, Tibauldo, Guntario y Cloudo ó Clodoaldo. La reina defendió vivamente los intereses de estos tres príncipes sus nietos, y trataba de hacer se les restituyese la herencia de su padre, cuando Childebarto, rey de Paris, convidó á Clotario, rey de Soissons, á que pasase á tratar con él un asunto de mucho interés. Los dos reyes pidieron á su madre Clotilde que les enviase los hijos de Clodomiro, porque era tiempo, decian, de hacerlos reconocer como herederos del reino de Orleans. Nada habia mas grato á esta digna madre que esto, bien distante de pensar de los reyes sus hijos las atrocidades que querian ejecutar.

Así que los dos tiernos príncipes Tibauldo y Guntario llegaron al palacio, de donde algunos hombres de confianza alejaron secretamente á Clodoaldo que era el mas niño, los separaron de la compañía de sus ayos y de la demas gente de su confianza. Childebarto y Clotario enviaron entonces á Clotilde una espada desnuda y un par de tijeras, haciéndola decir que escogiese uno ú otro para sus nietos, y declarase cuál de dos cosas queria mas, ó que se les quitase la vida, ó que se les redujese al estado de súbditos, cortándoles los cabellos (pues sabido es que era privilegio de la familia Real el llevar los cabellos largos). Consultando la reina tan solo sus sentimientos de horror é indignacion, dió una con-

testacion que los dos reyes parricidas la interpretaron segun su cruel política, y pusieron en ejecucion al punto. Todo estaba dispuesto para esta espantosa escena: las víctimas pálidas y azoradas, la espada desnuda, y llenos de espanto los espectadores, cuando el brutal Clotario tira de un brazo á Tibauldo, el mayor de sus sobrinos, que tenia solos diez años, le arroja por tierra y metiéndole un puñal por el costado, como diestro asesino, le mató al primer golpe. A vista de este espectáculo, Guntario, que aun era de menos años, huye hácia Childebarto y le abraza de las rodillas clamando: «mi querido padre, no permitais que me quiten la vida como á mi hermano.» Childebarto, que verosimilmente no queria llevar la tragedia hasta la efusion real de sangre, no pudo contener las lágrimas, y le dijo á Clotario: «hermano mio, otorgadme la vida de este niño y os cederé cuanto gustéis;» pero Clotario, furioso y levantando el puñal teñido en sangre: «tú eres, le dijo, el que me has empeñado en este asunto; él morirá, ó tú morirás por él.» Entrególe Childebarto al tierno príncipe, á quien dió de puñaladas sobre el cuerpo del primero. Santa Clotilde lloró inconsolablemente la muerte de sus nietos y mucho mas el delito de su propio hijo.

Despues de hacer magníficas exequias á los infelices príncipes, se retiró á Tours, donde acabó su vida llorando amargamente y gimiendo en los ejercicios de la penitencia y de toda especie de buenas obras. Ademas de la colegiata de San Pedro Puellier, poseida en otro tiempo como se ha visto por vírgenes cristianas, se cuentan entre las magníficas fundaciones de esta reina los monasterios de Andely, de San German de Auxerre y de Chelles.

El jóven príncipe Clodoaldo ó Cloudo, que habia escapado con vida, abandonó espontáneamente un reino que costaba tantos

delitos; cortóse por sí mismo el cabello, se retiró á la compañía de un santo solitario llamado Severino que vivia recluso cerca de Paris, y se consagró bajo de su direccion á los ejercicios de la vida monástica; pero habiéndole hecho sobrado célebre su santidad y sus desgracias, se retiró á Provenza, lejos de los Estados de sus tíos, y despues de mucho tiempo volvió á Paris donde el obispo Eusebio le ordenó de presbítero. Despues edificó para finir sus dias un monasterio sobre el Sena, en un pueblo que entonces se llamaba Nogento y que despues tomó el nombre de San Cloud.

Se hace forzoso creer que á lo menos el rey Childebarto se arrepintió sinceramente de haber sido causa de la muerte de sus sobrinos. Si el arrebatado pasagero de su ambicion pudo hacerle tomar una resolucion tan criminal, sus propias inclinaciones naturales que no eran malas le hicieron abominar estos sucesos, aun antes de cometerlos. No pudiendo estorbar que se consumase este delito, le hizo casi poner en olvido á fuerza de virtudes y con su inalterable amor á la Religion. No mostró menos celo por la gloria de la Iglesia y la conservacion de la disciplina su sobrino Teodeberto, rey de Austrasia. Celebróse por acuerdo de ambos en el mes de mayo de 558 el tercer Concilio de Orleans, que manda claramente á los subdiáconos y á los clérigos superiores guardar continencia. A los infractores se les reduce á la comunión laical, condenando á tres meses de penitencia á los obispos que les permitan ejercer sus funciones. Dice el cánon diez y siete que el obispo no podrá despojar á un clérigo de los bienes eclesiásticos que obtenga de la liberalidad de sus predecesores, á no ser que le confiera la administracion de una iglesia ó de un monasterio; añadiendo, que el clérigo que de estos bienes ó beneficios disfrute, debe prestar servicio á la Iglesia

y obediencia al obispo: beneficios por consiguiente, que constituian entonces una especie de título inamovible y del cual no podia el obispo privar á su arbitrio á los súbditos en quienes se habian provisto. Tambien se ve en este Concilio el uso ya establecido en la Iglesia de pedir socorro á los magistrados para hacer cumplir sus leyes contra los hereges. El cánon treinta y uno excomulga por un año al juez lego que no castigue á los bonosianos y á los demas sectarios convencidos de haber rebautizado algun católico.

Ademas de los santos prelados que el segundo Concilio de Orleans nos ha hecho conocer, ilustraron tambien la iglesia de Francia San Lupo de Leon, que presidió el tercero, San Pantágado de Viena, San Arcadio de Bourges, San Agricola de Chalons sobre el Saona, y San Aubin de Angers, que concurrieron á él. Del catálogo completo de los obispos de esta asamblea, podemos inferir que el rey Clotario no mantenía la mejor inteligencia con los otros dos reyes franceses, pues no se halla ningun obispo de sus Estados, aunque los habia entonces muy ilustres con todas las cualidades que forman un grande obispo. Sin disputa alguna era de este número San Vaast de Arras, que sosteniendo muy entrado en dias la reputacion de sus mas floridos años, despues de haber conservado invariablemente la confianza del primero de los reyes cristianísimos, disfrutaba de la misma estimacion con su hijo Clotario, tan justo apreciador de la virtud como poco virtuoso.

Florece tambien en el reino de Soissons el ilustre San Medardo, cuyo nombre despues de tantos siglos se venera todavia de una manera especial en muchas provincias de las Galias. Nació en el pueblo de Salenci, cerca de Noyon, de un señor galo, llamado Nectardo, y de una señora oriunda

de Roma llamada Protagia (1). Así se interpreta lo que las Actas antiguas de la vida de este Santo dicen de su origen, cuando dan á su madre la calidad de romana, y á su padre la de galo, y no la de franco ó francés. Refiérese al año de 456 el nacimiento de su hijo Medardo. Hacia el de 550, y por consiguiente en una edad avanzada, porque su virtud habia temido siempre los honores, San Remigio le ordenó obispo de Vermandois. Traslado su Silla Medardo poco despues al castillo de Noyon, que no debe confundirse con la ciudad llamada por César *Noviodunum Belgarum* y que en sentir de todos los buenos críticos es Soissons. No era entonces Noyon sino un castillo fortificado y poco antiguo, construido al parecer contra las incursiones de los hunnos. El Santo, aproximando así su Silla al lugar de su nacimiento, no tuvo mas fin que el de poner la Iglesia y las cosas santas en mayor seguridad que la que antes habian tenido, ya en la antigua Augusta de Vermandois, hoy San Quintin, y ya en Vermand, que hoy no es mas que una aldea, pero que á pesar de esto conserva derechos muy plausibles al antiguo título de ciudad ó de capital de aquella tierra; porque es difícil, por no decir imposible, el decidir en cuál de estos dos parages estuvo la Silla episcopal antes de trasladarla á Noyon (2).

La escepcion que pronto se hizo con San Medardo de las reglas ordinarias de la disciplina, demuestra mejor que todo la alta idea que de él se tenia. Habiendo muerto San Eleuterio de Tournai, se creyó que un tal pastor no podia ser reemplazado sino por otro Santo, y Medardo fué elegido por consentimiento unánime del rey, del pueblo y del clero para gobernar esta diócesis juntamente con la de Noyon. Uni-

(1) Fortunat. Vit. 1. Med. t. 8; Spicil. c. 2.

(2) Mss. Verm.

das así estas dos iglesias fueron gobernadas por un mismo obispo por espacio de mas de seiscientos años, conservando cada una su catedral y todos sus derechos separados. Medardo fué la admiracion de la una y de la otra por unas virtudes y obras tan ilustres como esta larga union, de la cual fueron sin duda el sólido principio. Murió en una edad muy avanzada bajo el reinado de Clotario, que asistió á sus exequias y mandó trasladar su cuerpo cabe Soissons, á una tierra que consagró para fundacion del monasterio que poco há llevaba todavía el nombre del Santo.

Mas la que dió las pruebas mas esclarecidas de veneracion y de reconocimiento, al hombre de Dios, al cual miraba como su padre en Jesuoristo, fué la santa reina Radegunda. Habia sido educada en el castillo de Auties, sito en la diócesis del santo obispo, que fué el primero que desarrolló las felices semillas de la gracia en esta alma pura y visiblemente predestinada. Todos los atractivos de la virtud pintados en su semblante y una hermosura que tenia algo de sobrenatural, inspiraban una especie de veneracion religiosa en cuantos la veian. Su origen era ilustre, aunque habia sido reducida á la cautividad desde sus tiernos años. Era hija del rey de Turingia, y llegó á ser cautiva de Clotario, cuando este príncipe, con el rey Tierri su hermano, conquistó los Estados del desgraciado turingiano. Pero Radegunda, á pesar de ser todavía niña, robó el corazon de su vencedor á la primera vez que puso los ojos en ella; y mientras que llegaba á la edad de poder desposarse, la puso en Auties, que habia sido una interesante ciudad en otro tiempo, á tres leguas de la capital del Vermandois, y entonces no era ya mas que un castillo famoso por la salubridad del aire y la hermosura del terreno. Cuando llegó á la edad de contraer matrimonio se casó con ella;

pero tardó poco en conocerse que dos razones tan diversos en sus inclinaciones y en sus afectos, no podian ser felices viviendo juntos. La asiduidad en la oracion, las obras de misericordia y de humildad, y aun las austeridades, el cilicio bajo la púrpura, tal era el modo de vivir que abrazó la reina, y el que debia parecer bien extraño á la corte de Clotario. Así que este, poco tiempo despues de su matrimonio, se quejaba de que se habia casado mas bien con una religiosa que con una princesa. La Santa por su parte, unida contra su voluntad á este príncipe voluptuoso, le instaba muchas veces para que la permitiese consagrarse solo á Dios (1). En fin, habiendo sacrificado Clotario por vanas sospechas á un hermano de Radegunda hecho prisionero en otro tiempo con ella, y el único que la consolaba de la muerte del resto de sus parientes, redobló sus instancias y obtuvo lo que pedia.

Inmediatamente pasó á ver á su primer director, al santo obispo Medardo, pidiéndole que la consagrara á Dios sin mas dilacion. Unos señores franceses que se hallaban presentes disuadieron al obispo, por hacer obsequio al rey, cuya ligereza de ánimo conocian y preveian su arrepentimiento, haciéndole ademas una especie de violencia con sus importunidades, y la retirada del altar. La generosa princesa pasó entonces á la sacristía, se vistió por sí misma el hábito religioso, y despues volvió á presentarse al obispo, el cual quedó tan conmovido de su fervor y magnanimidad, que la consagró al punto con la imposicion de las manos: ordenóla tambien de diaconisa, á pesar de los cánones del segundo Concilio de Orleans que lo prohibian; mas no se observaban en el reino de Clotario, cuyos obispos no habian tenido parte en ellos.

(1) Fortunat. Vit. 8. Radeg. lib. 1. cap. 2.

Despues de esto distribuyó la Santa á los pobres y á los altares sus joyas y todos los adornos que tantos gemidos la habian costado desde que se vió obligada á usarlos. Visitó luego el sepulcro de San Martin, donde ofreció lo mas precioso que la quedaba, y se retiró á unas tierras que la habia dado el rey en los confines de la Turena y del Poitou. No era su comida mas que pan negro y agua con algunas pocas legumbres, absteniéndose siempre, desde su consagracion hasta el fin de su vida, de carne, pescado, huevos y aun de frutas, sin nunca beber vino ni sidra. En la Cuaresma vivia encerrada en una celdilla, sin tomar alimento sino de cuatro en cuatro dias. Imitando á otros muchos Santos, molía ella misma por humildad el grano necesario y cocia igualmente el pan. Arrepintióse Clotario, segun se habia previsto, de haber consentido tan pronto en el retiro de la reina, y muchas veces quiso volverla á la corte; pero la Santa con sus oraciones impidió lo que tenia como la mas funesta de las desgracias.

Asímismo obtuvo lo que necesitaba para edificar un monasterio en Poitiers, en el que no quiso mandar, y eligió otra abadesa, á la cual se sometió del todo sin reservarse la facultad de disponer de cosa alguna. Habiéndose reunido en Concilio los obispos de la provincia de Tours, les escribió para el buen orden y estabilidad de su monasterio. Siguiendo el Concilio el espíritu de la regla de San Cesario de Arlés, decretó que estas religiosas, una vez establecidas, no pudiesen abandonar jamás su estado, y que si alguna fuere tan desventurada que contragese matrimonio, la esposa y el esposo sacrilegos serian excomulgados hasta que se separasen para hacer penitencia, lo que prueba que ya entonces los votos hechos en la religion eran una especie de impedimento dirimente del matrimonio. El presbitero

Fortunato compuso para este monasterio el himno *Vexilla Regis*, en honor de la verdadera cruz, de la cual la reina había logrado del emperador Justino un pedazo considerable que quería esponer á la veneración pública con la solemnidad mas edificativa.

Fortunato era italiano, pero habiéndose curado de un mal muy grave de ojos con el aceite de una lámpara que ardia ante un altar de San Martin, vino á su sepulcro en reconocimiento del beneficio, y despues á Poitiers á visitar á Santa Radegunda, donde pasó lo demas de su vida. De este autor se conservan varias poesías sobre materias piadosas y las vidas de muchos Santos; pero si sus versos tienen sensibilidad y bastante armonía, su prosa está llena de rimas y antitesis afectadas segun el pésimo gusto de su siglo.

Vivia todavia Santa Clotilde en su retiro de Tours, cuando llegó allí Santa Radegunda. Asi se vieron á un mismo tiempo dos mugeres igualmente ilustres y generosas sacrificar á la humildad de Jesucristo lo mas brillante que el mundo tiene. Sus inclinaciones, en todo parecidas, sufrían la misma pena á vista de los desórdenes y disensiones que reinaban en las diversas ramas de la familia Real. Childeberto y Clotario hacían ver á todas las Galias que el delito no es el nudo de una sólida alianza. Despues del asesinato de sus sobrinos se indispusieron tan furiosamente, que habiendo penetrado Clotario en la Normandía, Childeberto y su sobrino Teodeberto acudieron á sorprenderle, y faltó poco para que pereciese en el bosque de Routot, donde se había visto obligado á atrincherarse del mejor modo que pudo; mas las oraciones de las dos santas reinas movieron visiblemente al cielo á tomar parte en un asunto que tanto las importaba. Una tempestad horrible que sobrevino repentinamente llenó

de consternacion el ánimo de los combatientes mas encarnizados; y lo que es todavia mas prodigioso, estinguió el ódio en el corazón de los dos hermanos que parecieron reconciliarse sinceramente (1). Semelantes á esta eran entonces la mayor parte de las empresas que promovían aquellos principes unos contra otros. La dificultad consistía solo en moderar el primer ímpetu del agresor para frustrar sus intentos, dando despues lugar á que obrasen los sentimientos de la naturaleza (a).

(1) Greg. Turon. lib. 3 hist. cap. 23.

(a) De muy diferente modo terminó la guerra que Childeberto y sus hermanos Clotario, Clodomiro y Teodorico, reyes de Francia, hicieron contra Amalarico, rey de los visigodos, en el año 531. Digámos ya en la nota de la pág. 147 que este se había casado con Clotilde, hermana de dichos reyes de Francia, con objeto de asentar la paz con ellos; empero como entre los dos esposos faltaba la union principal, que es la de la fé y Religión, puesto que Amalarico era arriano y Clotilde católica, este matrimonio, en vez de asegurar á los visigodos la paz con los franceses, les ocasionó la mas espantosa guerra. Amalarico no cesaba de importunar á su muger para que abrazase el arrianismo; mas no pudiendo vencer su constancia con razones, pasó á maltratarla, y aun á autorizar con su ejemplo al populacho desenfrenado para que la insultase en público, y la llenase de inmundicia y de todo linaje de oprobios. Sufrió la santa reina por muchos años tan bárbara crueldad, esperando con su paciencia y demas virtudes ablandar la fiera de Amalarico; mas viendo que todo era inútil, escribió y dió cuenta de ello á su hermano Childeberto, remitiéndole juntamente un lienzo teñido con su propia sangre que la hacia derramar su brutal esposo. Luego que recibió el rey de Paris este mensaje, se puso al frente de su ejército, juntó al suyo los de sus hermanos, y salieron en busca del enemigo. Hállabase desaparecido Amalarico, y como por otra parte era culpable, atemorizábase su propia conciencia, y determinó fugarse. Pudiera escapar y salvarse, dice Mariana, sino que ciego por castigo de Dios con la codicia de las piedras preciosas que dejaba en sus tesoros, volvió de priesa á la ciudad que se entiende ser Barcelona. Quita la divina venganza el peso á los que quiere derribar; y así fué que como la ciudad fuese ya entrada y estuviese en poder de los francos, Amalarico sin saber que hacerse, quiso retirarse á sagrado y valerse de un templo de la Religión católica que él había violado con tantas injurias. Mas no le valió, porque en el mismo camino pereció pasado de un bote de lanza por un soldado. San Isidoro refiere que esta batalla se dió cerca de Narbona y que en la plaza de esta ciudad fué degollado Amalarico despreciado de los suyos propios; pero Gregorio Turonense, autor mas antiguo, refiere el caso como arriba hemos dicho. Ello fué que derrotado y muerto Amalarico los reyes franceses se llevaron un gran botin de los tesoros del vencido, contándose entre otras alhajas sesenta cálices,

No ocurrió lo mismo en las dos guerras que principió por la misma época el emperador Justiniano y que le valieron dos coronas: la de Africa, arrancada del poder de los vándalos despues de ciento y siete años de posesion, y la de Italia, ó á lo menos de la antigua Roma, reconquistada de los ostrogodos despues de una posesion de cuarenta y tres años. El pretesto de la guerra de Africa fué la venganza que Justiniano pretendía tomar de Gilimer, que había despojado á Hilderico por parecerle demasiado largo el reinado de este débil príncipe á quien él debía suceder. Desde el año 533 se hizo pasar desde Constantinopla á Africa una armada que se componía de quinientas velas, menos temible aún por el número y grandeza de los navios, que por el mérito del general Belisario que la mandaba. El emperador quiso que el patriarca mismo bendijese el buque en que iba el general, y por el mismo espíritu de Religión mandó entrar en él á un soldado que acababa de ser bautizado. Desembarcó el ejército sin resistencia, y llegó cerca de Cartago el 15 de setiembre, víspera de la fiesta de San Cipriano, estraordinariamente venerado en aquella capital á la que tan santamente ha-

quince patenas y otros veinte vasos sacros, todo de oro: «por donde dice Morales, se parece bien la riqueza de la Iglesia de España y la magestad de su servicio por entonces.» Saquearon los franceses la ciudad, libertaron á Clotilde y lleváronla consigo hácia Paris; pero murió en el camino, y fué sepultada en la iglesia de San German, llamada entonces de San Pedro y San Pablo, junto al sepulcro de Clodoveo. Muerto, pues, Amalarico el año 531, y estinguida con él su dinastía, pues no tenía hijos, fué elevado al trono Teudis ó Teudio, ostrogodo de nacion. Los principales de los visigodos procuraron que fuese su rey por ser excelente en las artes de la guerra y de la paz, por la esperiencia que tenía de las cosas y por su singular prudencia; además de que había ganado la voluntad de muchos en el tiempo de su gobierno que tuvo en la menor edad de Amalarico y mandó á su gusto en el país. Su muger, por ser persona muy poderosa y de lo mas noble de España, le llevó en dote un Estado de solo el cual podía sacar hasta dos mil combatientes. Véase Mariana, lib. 5 c. 7 y 8; y Morales, lib. 11, c. 16 y 53. (N. del E.)

bia gobernado. Esta circunstancia fué mirada como un feliz presagio de los mas felices sucesos; y en efecto, todo salió á pedir de boca y aun mas allá de las esperanzas que se habían concebido. Un espíritu de vértigo se apoderó de Gilimer, que parecía haber perdido la facultad de pensar ó el poder de obrar. La única medida que tomó para su seguridad fué despojar de la vida por un nuevo crimen al infeliz Hilderico en la prision, donde hasta entonces le había tenido encerrado. Decidió la suerte de Cartago un combate dado por una sola parte del ejército romano contra el hermano del tirano que murió en él, y el resto de los vándalos huyó (1). Gilimer mismo, que podía haberse valido del desorden de los que le perseguían, fué acometido de un terror pánico al oír la noticia de la muerte de su hermano. Alejóse precipitadamente de Cartago, y de este modo dejó á los habitantes en libertad para abrir las puertas, como al momento lo ejecutaron. Encendieron fuegos con el fin de facilitar mas las operaciones de los sitiadores, y en toda la ciudad colocaron luces durante la noche que siguió á la victoria. Los vándalos que habían quedado en el recinto de los muros, lejos de hacer resistencia buscaron un asilo en las iglesias.

A la toma de Cartago siguió la conquista de toda el Africa, que no tenía mas ciudades fortificadas desde que los bárbaros á principios de su invasion arruinaron las fortificaciones de todas las plazas, temiendo mucho menos los ataques exteriores que la sublevacion de los ciudadanos. Gilimer pareció sin embargo alentarse de nuevo, y tornó á atacar á los romanos. Mas se habían apoderado estos de todo el país y le derrotaron enteramente, hasta el extremo de verse obligado á refugiarse entre los

(1) Procop. lib. 1 de bello Wandal. cap. 21.